

SOFISMAS AMBIENTALES DEL CAPITALISMO PARA JUSTIFICAR LA MERCANTILIZACIÓN Y DESTRUCCIÓN DE LA NATURALEZA

Renán Vega Cantor¹

“Las relaciones sociales capitalistas aceleran el ecocidio y la degradación medioambiental de dos modos importantes. En primer lugar, llevan a escala planetaria las catástrofes ambientales que hasta entonces eran sólo de carácter regional. En segundo lugar, al reducir la naturaleza a la condición de mero bien que se compra y se vende en el mercado libre, el capitalismo convierte la explotación ecológica en algo universal”.

Franz J. Broswinner².

Resumen

En este ensayo se analizan algunas de las implicaciones que se desprenden del intento de darle un carácter ecológico al capitalismo, considerando, a grandes rasgos, dos asuntos: en primer término, se cuestiona la falacia de un capitalismo ecológico, resaltando las múltiples contradicciones de tal pretensión, y, en segundo término, se exploran dos de las nociones más conocidas de la tecnocracia ambiental dominante, como son las de “capital natural” y “desarrollo sustentable”, convertidas en parte del arsenal teórico y político del capitalismo actual con la intención de compaginar la acumulación de capital y su lógica de crecimiento indefinido, con la preservación de los ecosistemas, algo que social e históricamente se ha demostrado imposible.

¹ Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Profesor titular de la Universidad Pedagógica Nacional de Bogotá; realizó estudios de doctorado y post-doctorado en París, diplomado en Historia de América Latina de la Universidad de París y Magíster en Historia, Economista de la Universidad Nacional de Colombia. Premio Libertador al Pensamiento Crítico 2007, autor y compilador de “Marx y el siglo XXI” (2 volúmenes), Bogotá, 1998-1999; “Gente muy Rebelde” (4 volúmenes), “Neoliberalismo: mito y realidad y El Caos Planetario”; entre otras publicaciones.

² Broswinner, Franz J., *Ecocidio. Breve historia de la extinción en masa de las especies*, Editorial Laetoli, Pamplona, 2005, p. 106.

Abstract

This essay analyses some of the implications of the efforts to give an ecological character to capitalism, paying attention at two items: the first, a questioning of the fallacy of an ecologic capitalism, remarking the multiple contradictions of that idea, and a second item explores two of the most known notions of the dominating environmental technocracy, such as “natural capital” and “sustainable development”, converted in a part of the theoretical and political arsenal of today’s capitalism with the intention of a reconciliation of accumulation of capital and its undefined growing logic with the conservation of ecosystems, which is social and historically proved impossible.

I. El capitalismo y la ecología son incompatibles

El capitalismo realmente existente funciona a partir de dos condiciones fundamentales: de un lado, la expansión económica y geográfica como soporte de los procesos de acumulación de capital y, de otro lado, la explotación de los seres humanos y la destrucción de la naturaleza como sustento de dicha acumulación. Estas dos condiciones operan gracias a la activa intervención del Estado en su favor, porque éste se encarga, entre otras atribuciones, de la construcción de infraestructura para el funcionamiento del capitalismo, sin exigirle que restaure el medio ambiente destruido. Los empresarios no asumen el restablecimiento de las condiciones naturales destruidas ni la eliminación de la contaminación generada por los sistemas productivos, por la sencilla razón que eso incrementa los costos y reduce la producción. Dentro del capitalismo, no hay salida a la crisis ambiental, entendiéndolo que este sistema lo único que ha hecho es ganar tiempo exportando los problemas ambientales al mundo periférico, suponiendo que siempre los podía eludir en los centros dominantes. Hasta ahora eso lo ha hecho por la vía de descargar los residuos contaminantes en los países más pobres del orbe y de imponer sus modelos de “desarrollo”, forzándolos a aceptar “severas limitaciones a la producción industrial” o que utilicen “formas

de producción ecológicamente mejores pero más costosas”³. Esto es lo que el capitalismo histórico ha venido haciendo durante los últimos cinco siglos, pero hoy, cuando la economía-mundo cobija a todo el globo y ha generado una destrucción sin precedentes de los ecosistemas, la situación no puede remediarse con la simple exportación a la periferia de los desechos y de la contaminación, aunque desde luego ambos se sigan enviando hacia allá.

La expansión planetaria del capitalismo ha originado por primera vez en la historia un irresoluble dilema ambiental para la humanidad, si se tiene en cuenta que antes las crisis eran limitadas y perfectamente localizadas, pero solamente “el capitalismo histórico, por el hecho de haber sido el primer sistema que abarcó todo el globo y por el hecho de que ha expandido la producción (y la población) a tasas antes inconcebibles, ha llegado a amenazar la posibilidad de una existencia futura viable para la humanidad”. Se ha llegado a esta situación, “porque en este sistema los capitalistas lograron anular en forma efectiva toda capacidad de otras fuerzas para imponer limitaciones a su actividad en nombre de cualquier valor distinto a la acumulación incesante de capital”⁴.

Una mirada superficial, a propósito de la relación entre capitalismo y ecología, indica que los dos términos son antagónicos, porque el capitalismo mercantiliza todo lo que encuentra a su paso, incluyendo a la propia naturaleza y al discurso ecológico, y porque se basa en la explotación de los trabajadores y de los pobres. El capitalismo posee características antiecológicas de tipo cultural, al pregonar el individualismo extremo como pauta de comportamiento socialmente admitido, la propiedad privada como esencia de los individuos, la competencia desenfrenada de todos contra todos, la maximización de ganancias, la mercantilización de cualquier cosa, y el afán de lucro sin importar sus costos sociales y ambientales. El capitalismo nos ha conducido a los seres humanos a ser “suicidas, homicidas y etnocidas”, y “ahora comenzamos a ser ecocidas. El capitalismo ¿nos llevará a ser, pronto, también geocidas?”⁵.

Si la causa fundamental de la crisis ambiental que hoy padece el mundo se encuentra en el modo de producción capitalista, es contra-

³ Wallerstein, Immanuel “Ecología y costos de producción capitalistas: No hay salida”, en *Conocer el mundo, saber el mundo. El fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI*, México, Siglo XXI Editores, 2001, p. 94.

⁴ *Ibid.*, p. 95

⁵ Boff, Leonardo, “La contradicción capitalismo/ecología”, *Agenda Latinoamericana Mundial*, Bogotá, Ediciones Verbo Divino, 2005, p. 43.

dictorio suponer un capitalismo ecológico. Por esta circunstancia, la crisis ecológica remite a cuestionar el funcionamiento de las sociedades contemporáneas en su totalidad: su manera de destruir la naturaleza, el patrimonio común de la humanidad; su modo de producción y de consumo; los productos que resultan de su actividad económica; los medios de producción empleados; su sistema de necesidades; sus ciencias y sus técnicas⁶.

La lógica mercantil del capitalismo lleva a que se produzca y se consuma en forma desahogada, sin tener en cuenta los costos ambientales y humanos de ese proceso. Pierre Paolo Pasolini ha señalado que el “consumismo consiste en un verdadero cataclismo antropológico” que degrada a la gente y que puede considerarse como un neofascismo consumista, un verdadero poder “totalitario, violento, falsamente tolerante... más represivo que nunca, corruptor, degradante (nunca ha tenido más sentido que hoy la afirmación de Marx de que el capital transforma la dignidad humana en mercancía...)”⁷. Además, dadas las desigualdades sociales inherentes al capitalismo, no todos los seres humanos tienen las mismas posibilidades de consumir las mercancías que ofrece el capitalismo, lo que genera una segmentación, caracterizada por el sobreconsumo de unos pocos y el subconsumo de la inmensa mayoría de la población del planeta. Dicha segmentación, desde luego, tiene repercusiones inmediatas sobre los ecosistemas, porque solamente una mínima parte de la población mundial se apropia de la materia y la energía indispensable para mantener el nivel de vida característico de los Estados Unidos, que no es posible extender a todo el mundo. En estas condiciones, como el capitalismo es incompatible con la vida, su existencia plantea un dilema ineludible:

o el capitalismo triunfa al ocupar todos los espacios como pretende, y entonces acaba con la ecología y pone en riesgo el sistema-Tierra, o triunfa la ecología y destruye al capitalismo, o lo somete a tales transformaciones y reconversiones que no pueda ya ser reconocible como tal. Esta vez no va a haber un arca de Noé que nos salve a algunos y deje perecer a los demás. O nos salvamos todos o pereceremos todos⁸.

⁶ Bihr, Alain, “Le mouvement ouvrier face a la crise ecologique”, en *Crise ecologique et capitalisme, La question sociale*, París, 1994, p. 17.

⁷ Pasolini, Pier Paolo, *Escritos corsarios*, Editorial Planeta, Barcelona, 1983, p. 90.

⁸ Boff, Leonardo; *op. cit.*, p. 42.

No obstante este trascendental dilema, el capitalismo mundial sigue operando como si nada estuviera pasando, e incluso ahora se pinta de “verde” con una retórica pretendidamente ambientalista, como lo veremos sintéticamente en las siguientes páginas.

II. Dos sofismas del capitalismo verde

Pese a las características inherentemente antiecológicas del capitalismo, en los últimos años ciertas corrientes ambientalistas de corte tecnocrático han pretendido conciliar el ecocidio en curso con el ilimitado crecimiento económico. Para ello, han inventado las nociones de “capital natural” y “desarrollo sustentable”, convertidas en sofismas analíticos para hacer presentable la idea de un *capitalismo verde*, que preservaría las condiciones naturales, sin alterar la acumulación de capital. Dada la difusión que han obtenido esas dos nociones, es necesario abordarlas críticamente para entender los intereses que se mueven tras ellas y cuáles son sus implicaciones teóricas y políticas.

1. El “capital natural” y el proyecto totalitario de mercantilizar la naturaleza

La denominación de *capital natural* ha cobrado fuerza en los últimos años a medida que avanza el proceso de mercantilización de la naturaleza. Hoy se emplea en una forma tan corriente este término, que parece algo perfectamente normal cuando de referirse al medio ambiente se trata, siendo que tal vocablo empezó a usarse hace muy poco tiempo. La acepción “capital natural” es presentada oficialmente en público por el Banco Mundial en 1993, de esta forma:

El capital de una economía es su reserva de bienes reales, con la capacidad de producir más bienes (o servicios) en el futuro. (...) Visto así, *el capital comprendería la tierra*, que el pensamiento económico clásico considera un factor separado de producción, *porque la tierra sería parte de la reserva de bienes reales, capaz de producir más bienes. Se precisa salvar una distancia muy corta para extender esta definición*

a la naturaleza, tanto como fuente de materia prima como receptora de desechos generados en el curso de las actividades económicas”.

Una década más tarde, el Banco Mundial precisa su definición en una forma todavía más lacónica: “*El capital natural incluye todos los recursos familiarmente utilizados por la humanidad: agua, minerales, petróleo, árboles, peces, suelo, aire, etc. Pero también abarca los sistemas vivos, que incluyen las praderas, las sabanas, los humedales, los estuarios, los océanos, los arrecifes de coral, los corredores riparianos, las tundras y los bosques*”¹⁰.

No hay duda, *capital natural* abarcaría todo lo que existe en la tierra y más allá de sus confines, pues incluiría la fuente primigenia de energía, el sol, que ha posibilitado el origen y desarrollo de la vida. Las implicaciones de tamaña pretensión, no sólo teórica sino económica y política, son diversas. En primer término, esto supone que todo lo que se encuentre en la naturaleza, que es un producto anterior a la aparición de la sociedad, es susceptible de ser apropiado en forma privada, convirtiéndose en fuente de lucro individual y puede comprarse y venderse sin ninguna restricción. En segundo lugar, se infiere que la naturaleza debe ser explotada sin límites por empresarios privados, sorteando cualquier barrera estatal o social que pudiera impedir la apropiación mercantil de los ecosistemas. En tercer lugar, con ese término se pretende eternizar al capitalismo, ya que el apelativo de “natural” le confiere un sentido de orden inmodificable y permanente, al difundir la falacia de que la naturaleza puede ser reproducida por los capitalistas a su antojo, violando las leyes físicas y los procesos de evolución. En esa dirección, no sorprende que del *capital natural* se haya desprendido la noción de “capitalismo natural”, término, usado por los investigadores estadounidenses Paul Hawken, Hunter Lovins y Amory Lovins en 1999, con el cual se pretende conjugar la protección del medio ambiente con el lenguaje más agresivo del capitalismo corporativo y del neoliberalismo económico, para impulsar la idea de un “capitalismo sustentable” que venda productos de la naturaleza y que ofrezca más servicios que mercancías, conduciendo con ello a la “desmaterialización de la economía”¹¹. Por si hubiera duda

⁹ Citado en Grain, “Hacia la privatización total del planeta”, Red del Tercer Mundo, septiembre 6 de 2005, en www.redtercermundo.org.uy/

¹⁰ *Ibid.* (La cursiva es nuestra).

¹¹ Hawken, Paul, Lovins, Hunter y Lovins, Amory, *Natural Capitaes. Creating the Next Industrial Revolution*, Boston/Nueva York, Little, Brown & Co., 1999, p. 6.

sobre las pretensiones de quienes hablan de “capitalismo natural”, nada mejor que la siguiente declaración:

Es útil examinar los sistemas inspirados en la metodología del “capitalismo natural” para conseguir una economía restauradora y sostenible, permitiendo que las *organizaciones se enfrenten a los retos sociales y medioambientales de un modo que sea compatible con sus metas económicas*. La metodología conocida con el nombre de capitalismo natural aborda directamente el modo en que las *organizaciones pueden llegar a ser más responsables medioambiental y socialmente, reforzando simultáneamente la rentabilidad, incrementando la eficacia y mejorando su imagen pública*¹².

El “capitalismo natural” sólo busca hacer presentables las ganancias que las empresas capitalistas puedan hacer con los asuntos ambientales, como queda claro con la afirmación de Amory Lovins cuando sostiene que las compañías más competitivas han “comprendido que el ahorro de energía y desperdicios no es sólo una acción ecológica”, sino que “también *puede ser un gran negocio*”¹³. ¡Un fabuloso negocio que conduce a que los complejos procesos biológicos, resultado de millones de años de evolución, sean apropiados por el capitalismo sin invertir ni un solo centavo y expropiando a su paso a sociedades indígenas y campesinas de las zonas más pobres del mundo!

La noción de capital natural tiene de todo, menos de ingenuidad, siendo su objetivo fundamental justificar la privatización de la naturaleza y su apropiación por grandes compañías capitalistas, nacionales o transnacionales. En concordancia, en 1997 el Banco Mundial introdujo la idea complementaria de “servicios ambientales”. Con la noción vaga y superficial de “servicios” cabe todo lo imaginable: el aire que respiramos, el agua que bebemos, el deleite de contemplar el sol, la luna o las estrellas, la grata compañía de un perro o un gato, el canto melodioso de un ruiseñor, el bañarnos en el mar o en un río, disfrutar la arena de la playa... Con esta innovación terminológica se justifica la privatización de todo lo que nos proporciona la naturaleza, que, en adelante, no va a poder disfrutarse como un bien común, que no tiene precio, sino que

¹² Hudon, Robert, Lovins, Hunter y Gutterman, Sara “Reintegración de los objetivos ecológicos y económicos: producción sustentable y capitalismo natural”, Sevilla, *The IPS Report*, No. 83, abril de 2004, pp. 24-25. (La cursiva es nuestra).

¹³ Lovins, Amory, “El Capitalismo natural”, en *Apertura* No. 27, junio de 2001, en www.apertura.com

para accederse al mismo debe pagarse cada vez que se usa. Como quien dice, ¡si llega a mercantilizarse el aire y se le convierte en un servicio, se nos cobrará cada vez que respiremos!

Además, con la noción de servicios se pretende introyectar en el imaginario de la gente común y corriente que todo tiene precio monetario, hasta los valores de uso más elementales. Si no se paga por ellos, sencillamente no se pueden disfrutar. Eso que ya sucede con la educación, la salud, el deporte, actividades mercantilizadas y privatizadas hasta el hastío, se busca aplicar en la naturaleza. Esto queda bien ejemplificado, con una reciente anécdota que cuenta Leonardo Boff:

Un gran empresario estadounidense, estando en Roma, quiso mostrarle a su hijo la belleza de una puesta de sol en las colinas de Castelgandolfo. Antes de situarse en un buen ángulo, el hijo preguntó al padre: “papá, ¿dónde se paga?”. Esta pregunta revela la estructura de la sociedad dominante, asentada sobre la economía y el mercado. En ella se paga todo, también una puesta de sol. Todo se vende y todo se compra¹⁴.

Los que hablan de capital natural se refieren al suelo, al subsuelo, al agua, a los bosques, al aire, a la biodiversidad, a los recursos pesqueros y hasta al paisaje, todos los cuales desde el origen de la vida habían sido bienes libres, puesto que son anteriores en millones de años a la aparición de la sociedad, pero ahora han sido convertidos en mercancías. *Que sean libres es uno de sus problemas, según los voceros del capitalismo actual, ya que ello ha originado su destrucción y extinción.* En ese mundo al revés que es capitalismo, sus voceros sostienen que la ausencia de propiedad privada sobre los bienes de la naturaleza los destruye, de donde se desprende que para preservarlos es necesario asignar derechos de propiedad sobre esos recursos, y los servicios que de allí se deriven, para establecer un mercado que fije precios de acuerdo a su oferta y demanda.

La visión capitalista hoy dominante argumenta que los recursos se agotan porque son bienes colectivos y no por la acción depredadora del capital. Por ser bienes colectivos, en teoría no son propiedad de nadie, y por no tener ningún valor mercantil, han sido explotados de manera intensa y tienden a agotarse rápidamente. Para explicarlo, nada mejor que recurrir a un ejemplo, al del mar. Si en algún recurso se aplican estos preceptos neoliberales del capitalismo contemporáneo es en el mar, ya

¹⁴ Boff, Leonardo “¿Cuánto cuesta una puesta del sol?”, *Rebelión*, abril 13 de 2008.

que hasta ahora en todos los continentes su acceso es libre y gratuito. En contravía, los neoliberales reivindican el principio de apropiación exclusiva, que entraña un costo económico particular que conduce a preservar el patrimonio del propietario y a administrarlo como una inversión con la que aquél aspira a obtener ganancias. Esta privatización beneficiaría a los propietarios y a todos los usuarios y conservaría el recurso, porque los derechos de propiedad garantizan “el respeto de una explotación óptima o adecuada de los recursos del mar y el mantenimiento de las especies con riesgo de extinción”¹⁵. Como consecuencia, se propone desregular el manejo del mar, estableciendo indiscutibles derechos de propiedad, para manejar de manera eficiente los escasos recursos naturales. Los capitalistas abogan por la propiedad privada del mar y de los ríos, señalando que su inexistencia ha provocado la sobreexplotación de las fuentes de agua. Para probarlo, Enrique Gheri, el autor que venimos citando, suministra un ejemplo de antología: ni los cerdos ni las gallinas corren el peligro de extinguirse porque hubo personas que convirtieron su cría en un negocio. En sentido opuesto, las especies marinas se están agotando porque no existen derechos de propiedad sobre ellas. Por ejemplo, los delfines desaparecen en forma acelerada porque sobre ellos no se han fijado derechos de propiedad y, por lo tanto, “está prohibida su caza y la venta de su carne”. Algo similar les sucedería a las vacas y a los pollos si no se pudieran comprar y vender, pero están exentos de ese peligro de extinción porque el “mercado reproduce” todo lo que toca y lo multiplica como los panes de la parábola bíblica. Por ello, para preservar a los delfines debe reconocerse “la legitimidad de explotarlos racionalmente”. Es decir, “necesitamos más que nunca otorgar derechos de propiedad sobre esta especie. Hay que hacer lo mismo que dio buenos resultados en otros casos: propiedad privada. (...) Para defender la vida de los delfines hay que asignar derechos. *El mar es subdesarrollado al lado de todo lo que hemos hecho con la tierra porque allí no hay derechos de propiedad. Lo mismo pasa con las especies escasas. El mercado reproduce, no depreda*”¹⁶.

Para controlar el derecho de propiedad sobre los animales marinos debe procederse como se hace en las haciendas ganaderas, marcándolos

¹⁵ Gheri, Enrique, “La privatización del mar”, en www.liberalismo.org/articulo/127. Para más señas este autor peruano pertenece a la misma estirpe ideológica de Hernando de Soto y Mario Vargas Llosa, además es miembro de la Sociedad Mont Pelerin, conocida por ser uno de los baluartes del neoliberalismo mundial.

¹⁶ *Ibid.* (La cursiva es nuestra).

con radioisótopos que sean rastreables desde los satélites o mediante la introducción de chips de identificación en sus cuerpos, para preservar la propiedad privada hasta en el fondo del mar. En definitiva, “la única forma de compatibilizar estas aspiraciones, es utilizando el mecanismo impersonal del mercado, los precios, los derechos de propiedad y un sistema de administración de justicia que proteja los derechos de los agentes económicos en caso de alguna disputa”, porque “la libre empresa, que presupone el uso de tecnologías institucionales adecuadas es el instrumento más idóneo para conseguir las metas ambientalistas”¹⁷.

Como por definición axiomática la propiedad privada es superior en todos los órdenes, también lo es en términos de gestión de recursos naturales del mar, para lo cual se postula el reconocimiento de propiedad al primer ocupante, es decir, que todo recurso minero o pesquero pertenecerá a quien lo encuentre primero con “independencia de quien sea el propietario del terreno, que tan sólo podrá tener derecho a arrendar el uso de su propiedad”¹⁸.

En realidad, y en contra de todas las tonterías antes mencionadas, con la privatización del mar se ven seriamente amenazados los recursos naturales y las especies vegetales y animales allí existentes, porque la experiencia histórica demuestra que la privatización es la vía libre para la explotación intensiva de los recursos, como ha acontecido con los bosques, las minas, los ejidos y terrenos comunales en los pueblos y ciudades de América Latina. Eso mismo es lo que ha sucedido en todo el mundo durante los quinientos años de expansión del capitalismo, por lo que es un mal chiste sostener que la propiedad privada y el mercado capitalista son la mejor garantía para preservar la naturaleza y que la explotación comercial de las especies las protege de la extinción.

Este ejemplo del mar está relacionado con la noción de *capital natural*, con el cual se muestra la arrogante lógica neoliberal privatizadora de lo divino y lo humano, que además clausura la historia. En efecto, se supone que la historia humana empieza y termina con el capitalismo, desconociendo miles de años de evolución de pueblos y grupos que no conocieron la propiedad privada y que tampoco abandonaran sus prácticas y concepciones ancestrales de preservar el mar, la tierra, los recursos naturales y el agua como bienes comunes no mercantilizables.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*

Suele olvidarse que estas prácticas permitieron conservar los ecosistemas y los recursos hídricos, hasta la emergencia del capitalismo que, en los últimos dos siglos, ha devastado a nombre del progreso y de la supuesta superioridad del mercado, a la naturaleza en todo el mundo. Como ya lo decía el Código de Justiniano hace muchos siglos: “por ley de la naturaleza, estas cosas son comunes a la humanidad: el aire, el agua corriente, el mar, y en consecuencia, la costa”.

Con la noción de *capital natural*, los tecnócratas ambientales suponen que pueden integrarse las “metas ecológicas con las económicas”, premiando a “las firmas ganadoras” que “tomarán sus valores de sus clientes; sus diseños, de la naturaleza, y su disciplina, del mercado”¹⁹. Bajo esa noción se presentan como perfectamente compatibles dos cosas antagónicas: el crecimiento económico ilimitado que se propone el capitalismo y la preservación de los ecosistemas, arguyendo que esto último solo es posible si se les convierte en un negocio rentable. Mediante una argucia retórica, el capitalismo ha dejado de ser el responsable de la crisis ambiental del planeta, para convertirse en el principal ecologista, porque los complejos sistemas naturales ya no son analizados en términos biológicos sino en jerga económica, con la finalidad expresa de reducirlos a simples recursos y, más recientemente, a “capital natural”. Según Wolfgang Sachs: “Etiquetar a las cosas como ‘recursos’ conduce a quitarles cualquier identidad protectora que éstas puedan tener y abrirlas a la intervención desde el exterior. Considerar el agua, los suelos, los animales, la gente como recursos los convierte en objetos para la administración por parte de los planificadores, y para la tasación por parte de los economistas”²⁰.

De la noción etérea de *capital natural* se desprenden consecuencias prácticas de gran impacto, como el pago de derechos de contaminación, que ha dado origen al comercio del carbono, un negocio encaminado a remover de la atmósfera los gases que causan el efecto invernadero. Esos gases “son identificados y adquiridos por firmas de eco-consultoría y después vendidos a individuos o corporaciones para “compensar” sus emisiones contaminantes, considerando que de esta forma se

¹⁹ Lovins, Amory *op. cit.*

²⁰ Sachs, Wolfgang, “The Gospel of Global Efficiency. On WorldWatch and Other Reports on the State of the World”, IFDA Dossier 68, noviembre-diciembre de 1988, citado en Cuello, César y Durban, Paul, “Desarrollo sostenible y Filosofía de la Tecnología”, en www.campus-oei.org/salactsi/tef02.htm

“reconcilia la protección del ambiente con el imperativo capitalista de rentabilidad.”²¹ El comercio de la contaminación se ha convertido en un negocio muy rentable en el que participan firmas que proporcionan asesoría sobre sumideros de carbono, empresas dedicadas a verificar las cantidades fijadas en los sumideros, el Programa Ambiental de las Naciones Unidas, ONG ambientalistas, el Banco Mundial que creó el Fondo Prototipo de Carbono y compañías encargadas de organizar el mercadeo de la compra y venta de derechos de polución. El capitalismo ha convertido los problemas ambientales en un negocio boyante, a nombre de una supuesta defensa de lo “verde”, como se demuestra con la propaganda de la *Future Forests*, una empresa dedicada al comercio de carbono, que reza así:

Le ayudamos a ver cuánto CO₂ (dióxido de carbono) es producido por las actividades que usted realiza, y sugerimos maneras en que usted puede reducir esas emisiones. Lo que no pueda reducir, nosotros se lo podemos neutralizar (o compensar), sembrando árboles que reabsorban el CO₂ o invirtiendo en proyectos que reduzcan emisiones de CO₂, como aquellos que usen recursos de energía renovable²².

Por supuesto, esos árboles se van a sembrar en los países del Sur, donde empresas transnacionales se han ido apropiando de importantes reservas forestales, tras expulsar a sus habitantes originarios (indígenas, afrodescendientes, campesinos, mujeres pobres), con miras a presentarlas como parte de la inversión en carbono que permita compensar la contaminación desbordada en los países centrales. Adicionalmente, esa propaganda oculta la magnitud del calentamiento global, de la deforestación y de la lluvia ácida, difundiendo la patraña de que es posible mantener un modelo productivista y derrochador, sin preocuparse por el ecocidio diario que este sistema provoca en todos los rincones del planeta.

Los tecnócratas neoliberales mienten cuando afirman que pueden seguirse quemando combustibles fósiles y sembrar árboles para limpiar el dióxido de carbono que generan esos combustibles. Eso no es posible, porque “pretender que una tonelada de carbono almacenada en árboles es lo mismo que una tonelada de carbono fósil ignora los conceptos

²¹ Ruiz Marrero, Carmelo, “Comercio de carbono. La compra del derecho a contaminar”, en *Masiosare*, No. 341, julio 4 de 2004.

²² *Ibid.*

más elementales del ciclo natural del carbono”, y además “hay una diferencia entre sembrar árboles, lo cual beneficia al clima, y sembrar árboles como parte de un programa que sanciona la continuación de la quema de combustibles fósiles, lo cual no beneficia al clima”²³. Este es el planteamiento central de la tecnocracia ambiental, empezando por el Banco Mundial, que en las últimas décadas ha intentado legitimar la apropiación de la biodiversidad, de las selvas, de las especies animales, de la flora y de todo aquello que pueda reportar ganancias a las multinacionales y a los países imperialistas, apoyándose en las nociones de capital natural y de servicios ambientales.

2. El “desarrollo sostenible” o el sofisma de compaginar la ecología y la acumulación capitalista

En los últimos años se ha venido imponiendo la noción de “desarrollo sustentable” (o sostenible), otra muletilla del arsenal lingüístico de los voceros del capitalismo contemporáneo, con la pretensión de conciliar la acumulación de capital con la preservación de los ecosistemas, lo cual quiere decir que se están tratando de eludir cosas evidentemente antagónicas, como éstas: aumentar el número de automóviles y evitar el efecto invernadero; ampliar la producción de mercancías contaminantes (como teléfonos móviles) sin incrementar la masa de desechos tóxicos; destruir las selvas tropicales y preservar la diversidad biológica y cultural; consumir carne vacuna a vasta escala sin talar bosques para sembrar vacas, y así sucesivamente. Los teóricos del “capitalismo natural” son explícitos respecto a la idea de sustentabilidad económica que los inspira:

Uno de los sistemas para conseguir el crecimiento sostenible es el denominado “capitalismo natural”. Es un sistema que implementa la sostenibilidad a todos los niveles de una organización, desde su infraestructura y cultura interna hasta sus relaciones externas con socios, clientes, accionistas, y el público (...)

Las organizaciones se están empezando a dar cuenta de que es irresponsable concentrarse simplemente en la rentabilidad como

²³ Afirmaciones de Heidi Bachram y Jutta Hill, investigadores y activistas que se oponen al comercio del carbono, citadas en Ruiz Marrero, Carmelo *op. cit.*

base. Incluso centrarse en una base triple —considerando la rentabilidad independientemente de la gestión medioambiental y de la responsabilidad social— es un enfoque incompleto. De hecho, las organizaciones deben empezar a asimilar estas tres componentes en una única base, combinando el desarrollo económico rentable, la protección medioambiental y el bienestar social, con el fin de impulsar mayores niveles de integración operativa y sistemática. *Las organizaciones tienen que centrarse en metas medioambientales y sociales, al mismo tiempo que en la rentabilidad, con el fin de conseguir un desarrollo sostenible*²⁴.

La retórica del desarrollo sustentable pretende ser integradora en términos sociales, al querer superar las pugnas existentes entre sectores con intereses antagónicos (tales como las empresas multinacionales y los indígenas, o los capitalistas y los trabajadores), siendo en realidad un discurso camaleónico que adquiere el color que le quiera dar quien lo utiliza y por ello está en la agenda de las multinacionales, de los países imperialistas, del Banco Mundial y de todos aquellos que puedan obtener beneficios de la capitalización de la naturaleza.

La noción de “desarrollo sostenible” sólo es una moda retórica, porque en la práctica no ha implicado ninguna modificación significativa en el sistema capitalista. Esto se debe al halo de ambigüedad que rodea al mencionado término, con el cual se enuncia un deseo general de enmendar al capitalismo, sin precisar cómo llevarlo a la práctica. Con el epíteto “sostenible” acontece lo que ha sucedido con otras nociones en la historia de las ciencias sociales que se convierten en palabras de moda que son usados más “como conjuros que como conceptos útiles para comprender y solucionar los problemas del mundo real”²⁵.

Que este epíteto sea acompañado del término “desarrollo” simplemente indica que, en momentos en que emergía la crítica al crecimiento y a los límites ambientales del modelo de industrialización capitalista, los economistas pretendieron tender un puente que uniera sus tradicionales creencias en el crecimiento ilimitado del capitalismo con las preocupaciones ambientales, o, en otras palabras, intentaron zanjar las distancias entre “desarrollistas” y “ambientalistas”, para acallar las críticas de la década de 1970 al capitalismo. Se daba paso así a una típica maniobra

²⁴ Hudon, Robert, Lovins Hunter y Gutterman, Sara, *op. cit.* p. 25.

²⁵ Naredo, José Manuel, “Sobre el origen, el uso y el contenido del término sostenible”, en *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*, No. 36, octubre de 2007.

de conformismo conceptual en el discurso económico con la finalidad de no aparecer como catastrofistas, al denunciar la magnitud del deterioro ambiental, y conceder que aunque existan límites al crecimiento, no tiene porque haberlos al desarrollo. Finalmente, lo que se ha pretendido es conciliar el crecimiento económico con la idea de sustentabilidad, cuando en sentido estricto los dos conceptos se mueven en planos de abstracción y formas de razonamiento distintos:

Las nociones de crecimiento (y de desarrollo) económico encuentran su definición en los agregados monetarios homogéneos de “producción” y sus derivados que segrega la idea usual de sistema económico, mientras que la preocupación por la sostenibilidad recae sobre procesos físicos singulares y heterogéneos. En efecto, la idea de crecimiento (o desarrollo) económico con la que hoy trabajan los economistas, se encuentra desvinculada del mundo físico y no tiene ya otro significado concreto y susceptible de medirse que el referido al aumento de los agregados de Renta o Producto Nacional. Es decir, de agregados monetarios que, por definición, hacen abstracción de la naturaleza física heterogénea de los procesos que los generan, careciendo por lo tanto de información y de criterios para enjuiciar la sostenibilidad de estos últimos: para ello habría, como se ha indicado, que romper la homogeneidad de ese “cajón de sastre” de la producción de valores pecuniarios para analizar la realidad física subyacente²⁶.

Con la idea de desarrollo sostenible se ha vendido la pretensión falsa de que el capitalismo puede solucionar los problemas ambientales ocasionados por su propio funcionamiento y que esos problemas pueden ser atacados por la vía del crecimiento, es decir, que primero hay que crecer en términos económicos —aumentar el ingreso y el PIB— y luego de allí sí se gotearán recursos para arreglar el medio ambiente. Esta falacia es todavía más grotesca cuando se postula que eso no sólo debe hacerse a escala nacional o regional, sino que debe operar a escala mundial (esto es, entre otras cosas, uno de los significados más vendidos de la noción de globalización). Es una falacia, porque esa pretensión no se corresponde para nada con la historia del capitalismo, que siempre ha funcionado mediante la importación de materias primas y energía de otros territorios —destruidos ambiental y socialmente para obtener

²⁶ *Ibid.*

esos recursos—, los mismos que luego se convierten en basureros hacia donde se devuelven los residuos contaminantes.

Los cultores del “desarrollo sustentable” suelen soslayar un aspecto fundamental: en muchos lugares del mundo son más sostenibles para la preservación de los ecosistemas y la misma vida humana las formas de producción y consumo de pueblos indígenas y campesinos que son considerados como “atrasados” y premodernos, porque como dice un analista europeo “nos guste o no, los actuales niveles de consumo, de producción agrícola, su dieta vegetariana y ciertas formas de solidaridad social del mundo ‘subdesarrollado’ son mucho más sostenibles que las pautas de los países ‘desarrollados’”²⁷.

Lo que no se quiere abandonar de ninguna forma por quienes usan el apelativo de desarrollo sustentable es sobre todo la idea de desarrollo (que bien visto es un sinónimo de crecimiento), que se encuentra en el centro de todas las políticas no sólo fallidas sino destructoras del medio ambiente que se han aplicado en América Latina y en otros continentes desde la década de 1950. Seguir pensando en términos de crecimiento ilimitado y suponer la preservación del medio ambiente es una contradicción en los términos, porque todo crecimiento económico genera una disminución de los recursos materiales y energéticos, algunos de los cuales son irre recuperables. Ante la crisis ambiental y la demostración palpable de la imposibilidad de un crecimiento económico infinito, los economistas ortodoxos siguen hablando de un desarrollo sostenido, haciendo como los teólogos medievales que se negaban a reconocer que la tierra era esférica y no era el centro del universo. Por esta razón, a todos estos personajes se les puede denominar como “economistas de tierra plana”.

De la ambigüedad del término de desarrollo sustentable se ha pasado rápidamente a la de “capitalismo sustentable”, pretendiendo deslizar la idea como resultado de una reflexión ambiental, cuando en realidad es una cuestión ideológica y política. La noción de “capitalismo sustentable” tiene connotaciones prácticas y morales, que no pueden separarse de la “sostenibilidad”, entendida en cualquiera de sus tres significados:

El significado más antiguo de “sustentar” es “sostener”, “mantener el curso” o “conservar en el estado del ser” ¿Qué director de una corporación, ministro de finanzas o funcionario público

²⁷ Barcena, Iñaki, “De qué hablamos cuando hablamos de desarrollo sostenible? Discursos y políticas ambientales en lid”, en www.espacioalternativo.org/node/view/563

internacional responsable de preservar el capital y expandir la acumulación del mismo no adoptaría como propio este significado? Otro sentido es “proporcionar alimentos y bebida o lo necesario para la vida”. ¿Qué obrero urbano mal pagado, que campesino sin tierra podría no aceptar este significado? Una definición más es “resistir sin ceder” ¿Qué pequeño agricultor o emprendedor no se resiste a “ceder” a los impulsos expansivos del gran capital y del Estado, y se enorgullece por “resistir”?²⁸.

El problema del “capitalismo sostenible” se refiere a la posibilidad de ser sustentable, en los tres sentidos que se han indicado, pero sin alterar y mucho menos modificar la forma de organización social que ha conducido a la crisis planetaria actual, agregándole además un cuarto significado de sostener: el que se refiere a la “sostenibilidad ecológica”. A partir de estos cuatro significados de “sostener” puede responderse con plena seguridad, confirmada por los procesos históricos y por la situación actual del capitalismo y del planeta tierra, que eso del “capitalismo sustentable” es una quimera, como enfáticamente lo señala James O’Connor:

La respuesta breve a la pregunta: “¿es posible el capitalismo sustentable?” es No, y una respuesta más larga sería “Probablemente no”. El capitalismo tiende a autodestruirse y a la crisis; la economía mundial deja más gente hambrienta, pobre, infeliz; no es posible esperar que las masas de campesinos y obreros soporten indefinidamente la crisis, y la naturaleza, como quiera que se defina “sustentabilidad”, está siendo atacada por doquier²⁹.

Pese a esa irrefutable evidencia, el discurso de la tecnocracia ambiental pretende ocultar el carácter destructivo del capitalismo, presentándolo como un sistema interesado en mantener la biodiversidad y los ecosistemas. En su ayuda invoca a la tecnología, como el principal instrumento para resolver las catástrofes naturales que el mismo capitalismo crea y para burlar la ley de la entropía. Como lo dice Enrique Leff:

La tecnología, que ha contribuido al agotamiento de los recursos, resolvería el problema de la escasez global haciendo descansar la producción en un manejo indefinido de materia y energía; los de-

²⁸ O’Connor, James, *Causas naturales. Ensayos de marxismo ecológico*, México, Siglo XXI Editores, 2001, pp. 276.

²⁹ *Ibid.*, p. 277.

monios de la muerte entrópica serían exorcizados por la eficiencia tecnológica. Los sistemas ecológicos reciclarían los desechos; la biotecnología inscribiría la vida en el campo de la producción; el ordenamiento ecológico permitiría relocalizar y dispersar los procesos productivos, extendiendo el soporte territorial para un mayor crecimiento económico³⁰.

Por eso, las grandes compañías, el Banco Mundial y los voceros del sistema financiero internacional se autodenominan como representantes de un “capitalismo verde”, un eufemismo para designar las actividades mercantiles con la naturaleza que produzcan grandes ganancias, pero que además se cubre con un manto de filantropía corporativa. Esto ha originado un matrimonio forzado entre el medio ambiente y el “desarrollo”, que se consumó en la Cumbre de Río de Janeiro de 1992 y se rubricó públicamente con el apelativo de “desarrollo sostenible”. Al respecto es muy significativa la confesión pública de Stephen Schmidheing, Presidente del Consejo Empresarial para el Desarrollo Sustentable, cuando sostuvo que “hasta hace pocos años la protección ambiental era básicamente un concepto de defensa (que) estaba destinado a chocar con la cultura de los negocios basada en incentivos y en emprendimientos. Es lógico que los ambientalistas y las industrias se convirtieran en oponentes. Sin embargo, recientemente cada grupo ha aprendido a aprender algo del otro”. Ese aprendizaje mutuo entre empresarios y ambientalistas “está conduciendo a una nueva comprensión (...) sobre la situación ecológica del planeta cuyo resultado ha sido lo que considero el mayor progreso hasta el presente momento en la interacción entre el hombre y la naturaleza: *el concepto de desarrollo sustentable*”. Y como para que no queden dudas sobre lo que se esconde tras ese rimbombante apelativo, el vocero de los capitalistas termina señalando que “este concepto *puede dar continuidad al desarrollo económico-social*, para hacer frente a las necesidades de quienes viven hoy, sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para enfrentar sus propias necesidades”³¹.

Estamos, entonces, ante una clara confesión del verdadero sentido del “desarrollo sustentable”: una alianza espuria entre ciertos ambientalistas y los capitalistas de todo el mundo para mantener, disfrazado con una

³⁰ Leff, Enrique, *Saber ambiental: sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*, México, Siglo XXI Editores, PNUMA, Segunda Edición, 2000, p. 24.

³¹ Citado en Porto Concalves, Carlos Walter *Geografías, movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*, México, Siglo XXI Editores, 2001, p. 70. (La cursiva es nuestra).

cubierta “verde”, el modelo capitalista de crecimiento económico ilimitado, la base fundamental que explica la destrucción de los ecosistemas, pero dando la impresión de que los embarga una gran preocupación por preservarlos. Por todo esto, en definitiva, el desarrollo sostenible puede definirse, parafraseando las manidas palabras del Informe Brundtland “Nuestro futuro común” de 1987, como el conjunto de los negocios que produce beneficios económicos para los capitalistas de hoy, a costa de la explotación de millones de seres humanos y de la destrucción ambiental, perjudicando a las generaciones presentes y futuras³². *En pocas palabras, en lugar del tan cacareado “desarrollo sustentable”, es más realista hablar del insostenible desastre ambiental que provoca el capitalismo en todo el mundo.*

Conclusión

La ecología en manos capitalistas deja de ser un argumento “que pone en tela de juicio la devastación en curso de los ecosistemas naturales, conocimiento de oposición, para convertirse en conocimiento y ciencia de dominación al servicio del crecimiento económico”³³. Por ese camino, la ecología ha sido convertida en un dispositivo técnico del capitalismo y del imperialismo encaminado a ocultar las verdaderas razones de los problemas ambientales del planeta (es decir, al propio capitalismo), quitándole todo sentido crítico y político. De manera repentina, el capitalismo ya no es destructor de la naturaleza sino que ahora, en una cabriola discursiva, se presenta como su principal defensor. Para completar el malabar retórico, quienes hablan de la *capitalización de la naturaleza* son los mismos que, a través de los Planes de Ajuste Estructural y los Tratados de Libre Comercio, exigen que los países de “desarrollo emergente” del Sur cedan sus recursos naturales y su biodiversidad —es decir, usen su “capital natural”— para ser competitivos en el mercado mundial y para que alcancen el “progreso” y el “desarrollo”,

³² El mencionado Informe en la definición tan famosa como ambigua considera al desarrollo sustentable como el proceso encaminado a “satisfacer las necesidades del presente, sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras de satisfacer sus propias necesidades”. La cuestión clave es: ¿Necesidades de quién?, ¿de los capitalistas, de los pobres o de todos juntos?

³³ Barcena, Iñaki, “¿De qué hablamos cuando hablamos de ‘desarrollo sostenible’?. Discursos y políticas ambientales en lid”, en *ecal.coria.org/recursos/*

como si ese modelo de extracción acelerada de recursos naturales y de materias primas no llevara más de cinco siglos y no hubiera deteriorado los ecosistemas de África, Asia y América Latina hasta el agotamiento irreversible en muchos casos, como en las zonas mineras de Bolivia; o, en Haití, exangüe por la explotación intensiva del azúcar; o en la explotación petrolera en tantas selvas y bosques del mundo, que sólo ha dejado destrucción y contaminación.

Por arte de magia terminológica los problemas ambientales del mundo no son producto de la acción del capitalismo y de sus mecanismos centrales (acumulación de ganancia, explotación de seres humanos, destrucción de recursos naturales y materias primas, consumo despilfarrador) sino que se han originado por no haber asignado derechos de propiedad y no fijar precio a los bienes comunes. Cuando esto se haya hecho, el mercado, guiado por su inexorable mano invisible, remediará los desequilibrios ecológicos y generará un desarrollo sostenible, todos felices y contentos.

Por supuesto, la tecnocracia ambiental niega que existan límites a la apropiación y transformación capitalista de la naturaleza, ya que su objetivo es convertirla en propiedad privada y en fuente de ganancias. En estas condiciones, la noción de “desarrollo sostenible” se convierte en una justificación ideológica de la mercantilización de la naturaleza, intentando compaginarla con la acumulación ilimitada de capital. Como resultado, la retórica ambientalista de cuño neoliberal ha transformado el sentido crítico de la ecología en un discurso de tipo voluntarista en el que se proclama como evidente que el capitalismo mantendrá, al mismo tiempo, el equilibrio ecológico y el crecimiento económico infinito.

Referencias bibliográficas

Barcena, Iñaki, “De qué hablamos cuando hablamos de desarrollo sostenible? Discursos y políticas ambientales en lid”, en www.espacioalternativo.org/node/view/563

Bihl, Alain, “Le mouvement ouvrier face a la crise ecologique”, en *Crise ecologique et capitalisme, La question sociale*, París, 1994.

Boff, Leonardo, “¿Cuánto cuesta una puesta del sol?”, *Rebelión*, abril 13 de 2008.

Boff, Leonardo, “La contradicción capitalismo/ecología”, *Agenda Latinoamericana Mundial*, Ediciones Verbo Divino, Bogotá, 2005.

Broswinner, Franz J., *Ecocidio. Breve historia de la extinción en masa de las especies*, Editorial Laetoli, Pamplona, 2005.

Gherzi, Enrique, “La privatización del mar”, en www.liberalismo.org/articulo/127.

Hawken, Paul, Lovins, Hunter y Lovins, Amory, *Natural Capitales. Creating the Next Industrial Revolution*, Little, Brown & Co., Boston/ Nueva York, 1999.

Hudon, Robert, Lovins, Hunter y Gutterman, Sara, “Reintegración de los objetivos ecológicos y económicos: producción sustentable y capitalismo natural”, *The IPS Report*, No. 83, abril de 2004, Sevilla, 2004, pp. 24-25.

Leff, Enrique, *Saber ambiental: sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*, Siglo XXI Editores, PNUMA, México, 2000.

Lovins, Amory, “El Capitalismo natural”, *Apertura* No. 27, junio de 2001, en www.apertura.com.

Naredo, José Manuel, “Sobre el origen, el uso y el contenido del término sostenible”, *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*, No. 36, octubre de 2007.

O'Connor, James, *Causas naturales. Ensayos de marxismo ecológico*, Siglo XXI Editores, México, 2001.

Pasolini, Pier Paolo, *Escritos corsarios*, Editorial Planeta, Barcelona, 1983.

Porto Concalves, Carlos Walter, *Geografías, movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*, Siglo XXI Editores, México, 2001.

Ruiz Marrero, Carmelo, “Comercio de carbono. La compra del derecho a contaminar”, *Masiosare*, No. 341, julio 4 de 2004.

Sachs, Wolfgang, “The Gospel of Global Efficiency. On WorldWatch and Other Reports on the State of the World”, IFDA Dossier 68, noviembre-diciembre de 1988, citado en Cuello, César y Durban, Paul, “Desarrollo sostenible y Filosofía de la Tecnología”, en www.campus-oei.org/salactsi/tef02.htm

Wallerstein, Immanuel, “Ecología y costos de producción capitalistas: No hay salida”, en *Conocer el mundo, saber el mundo. El fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI*, México, Siglo XXI Editores, 2001.